

CAPÍTULO 36

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA DE *LA TEORÍA PURA DEL CAPITAL* DE F.A. HAYEK¹

A lo largo de cada uno de los cursos académicos que imparto en la universidad, y desde hace ya varias décadas, siempre comento a mis alumnos que solo empecé a entender de verdad la economía, y a sentir que comenzaba a dominar de alguna manera nuestra disciplina, cuando a lo largo de tres meses, en el verano de 1985, leí y estudié a fondo en mi casa de Formentor (Mallorca) los tres volúmenes de la obra de Eugen von Böhm-Bawerk dedicados a la teoría del capital con el título de *Kapital und Kapitalzins* («Capital e interés»). Me animé a emprender este trabajo intelectual llevado de la curiosidad tras llegar a conocer que Ludwig von Mises mantenía que ninguna persona interesada en los problemas económicos de nuestro tiempo podía siquiera «bajar a la calle» sin dominar este *magnum opus* de Böhm-Bawerk. Y la verdad es que, en mi caso, tanto el consejo como el esfuerzo merecieron plenamente la pena: la comprensión del mundo que se abre al economista que entiende y se familiariza con la estructura productiva y los procesos de producción que impulsan el ahorro y la función empresarial, es completamente imprescindible y de un incalculable valor para entender todo lo que pasa en términos económicos a nuestro alrededor. Y, por contra, el lamentable hecho de que el estudio de la teoría del capital haya desaparecido, al menos desde la Segunda Guerra Mundial, y como consecuencia de la malsana influencia del vendaval macroeconómico de monetaristas y Keynesianos, de la inmensa mayoría de los programas y planes de estudio de economía de las universidades de todo el mundo (con la excepción, al menos, de mis propias clases de economía en la universidad española) ponen de manifiesto el penoso estado de nuestra disciplina, las graves carencias

¹ Unión Editorial, Madrid 2020, 564 páginas.

científicas de sus principales cultivadores y el hecho incuestionable de que todavía hoy (ya a punto de concluir la segunda década del siglo XXI) la mayor parte de los economistas sean, por ejemplo, completamente incapaces de explicarse por qué se produjo la Gran Recesión de 2008, o de consensuar qué tipo de política económica habría que emprender para evitar la recurrencia de ciclos y crisis económicas y financieras.

La teoría del capital es, por tanto, un genuino producto, ya desde sus orígenes, de la Escuela Austriaca de Economía, y el libro que el lector tiene entre sus manos representa la contribución en este campo de uno de sus principales miembros y cultivadores, F.A. Hayek, premio Nobel de Economía en 1974. Fue posteriormente cuando, en un viaje a Londres acompañando a mi padre Jesús Huerta Ballester, y en una visita a la librería de la London School of Economics, este me obsequió con un ejemplar de una reedición de la obra de Hayek publicada en 1940 con el título de *The Pure Theory of Capital* (ejemplar que algo después, el propio Hayek tendría la amabilidad de firmar y dedicarme en Madrid y que conservo, como oro en paño, en mi propia biblioteca). Y al igual que hiciera con el *magnum opus* de Böhm-Bawerk pocos años antes, me decidí a emprender la lectura y estudio del libro de Hayek con todo detenimiento. Sin embargo, aunque la obra de Hayek me impresionó y me hizo aprender mucho, dejó en mí un sabor ciertamente agri dulce que, sin embargo, terminaría influyendo con el paso de los años de manera muy fructífera en la formación de mi propia teoría del capital (y que en su versión más sintética y depurada he expuesto en el capítulo 5 de mi libro *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*).

Y es que el libro de Hayek fue escrito a lo largo de los años treinta del siglo pasado, en un contexto en el que aún los economistas austriacos no se habían desembarazado del todo de la malsana influencia del estéril análisis económico del equilibrio, que tanto daño ha hecho a nuestra disciplina y que es especialmente perturbador en un ámbito que, como el de la teoría del capital, es por su propia esencia siempre dinámico, creativo y empresarial. Este sesgo hacia el equilibrio del libro de Hayek, aunque no llega a oscurecer ninguno de sus grandes méritos, sí que explica algunos errores y veleidades como el hecho, por ejemplo, de que Hayek llegue a considerar (aunque luego en gran medida se retracte en su ensayo, incluido como Apéndice V al presente volumen) que la productividad marginal del capital influya en el tipo de interés; error que solo puede llegar a cometerse si uno se centra en el estado final de reposo propio del equilibrio en el que, por definición, precios y costes, al igual que interés y productividad marginal del capital, siempre coinciden.

Pero el mundo real jamás está en equilibrio, y en los procesos dinámicos de mercado solo las valoraciones subjetivas de preferencia temporal explican el surgimiento del interés, tanto por el lado de la oferta como por el lado de la demanda. El tipo de interés se utilizará, en todo caso, para descontar la corriente futura de rentabilidad esperada de cada bien de capital para llegar al precio de mercado al que tenderá cada bien de equipo (lo que explica que, en el ajuste perfecto del equilibrio, el tipo de interés sobre este precio coincida matemáticamente con la productividad, lo que ha llevado a tantos a dar el salto injustificable, y teórica y dinámicamente insostenible, de concluir que es la productividad la que determina el interés).

No deseo, sin embargo, que estas consideraciones personales desanimen a ningún estudioso a emprender la lectura de este libro, que es una verdadera joya de la ciencia económica que no dejará de sorprender y enseñarle en cada una de sus páginas.